

# México, diez años después

Evgen Bavčar

**ESTA VEZ MI VIAJE A MÉXICO** no fue como los anteriores. Entre éste y mis dos primeros viajes pasó un lapso de diez años, pero la proximidad espacial se hizo mayor gracias a la amistad de Benjamín Mayer Foulkes y a su profunda capacidad de comprensión y cuestionamiento con respecto a mi trabajo fotográfico y filosófico. Durante estos años, México había penetrado en mi conciencia de una manera particular, puesto que lo había vivido a través de algunos parisinos que tenían contacto con mexicanos. Ese lazo se fortaleció gracias a la música que escucho cuando me embarga la nostalgia. Estoy totalmente convencido, y lo creía ya antes de mi partida, que no fue el azar lo que me hizo volver a México. Y como hay una lógica en todas las cosas, me dispuse a andar de nuevo sobre el mismo camino, sobrevolando España.

Probablemente quise emprender de nuevo esa aventura como lo hubiera hecho Don Quijote y de ninguna manera como un novato de conquistas fáciles. Para hacerlo me acompañó al aeropuerto de Orly una mujer muy hermosa originaria de mi país; desde el principio me acostumbre a mirar en ella y en todas las mujeres a Dulcinea. Esa tarde mi acompañante me pareció tan bella que estuve convencido de llevar puestos los lentes de Don Quijote, porque sin ellos tampoco ella podría existir. Le oculté el hecho de que

en mi maleta llevaba su imagen para que, de ahora en adelante, me acompañara al caminar, al soñar, al pensar y también al esperar a su lado. Fui muy feliz de dejar Orly un martes, quizá para avivar mi esperanza de jamás estar obligado a cantar con Bécaud "*c'est triste Orly le dimanche*". No, nunca me gustaría tomar el papel de un cantante, prefiero llevar sobre mí el sencillo traje de Don Quijote, por más miserable que sea mi apariencia y por más lejano que se halle el momento del encuentro con mi guía. En el momento en que nos separamos y que fui confiado a otro guía quise detener el tiempo, pero nadie pudo venir en mi auxilio para retrasar la salida o simplemente para prolongar el adiós con aquella Dulcinea proveniente de mi patria primera. Sin embargo estaba decidido a llevar su fotografía disimulada en mi maleta, para ofrendarla a la diosa de la luna, para ponerla sobre el altar junto a la célebre piedra sacrificial y, frente a ella, dedicar mi corazón al sol para que éste regrese y no me abandone más. Éste, sin duda, era un deseo muy piadoso, pero me abandoné a la ansiedad que todo lo invadía y que me ha acompañado durante mis viajes desde siempre.

Antes del despegue y por lo tanto de la tremenda separación de la bella Dulcinea, quise llamarla como si buscara hacerle una última señal con ese frágil pañuelo sonoro, antes que los kilómetros, los miles de kilómetros, me separaran de ella. Pero fui demasiado lento para decidirme y la voz de la cabina nos pidió que apagáramos los celulares para no interferir con los instrumentos de navegación. Entonces me vi obligado a llamarla en mi interior y, aún más, a gritarle sin poder alcanzarla. Intenté imaginarla llegando a su casa en el mismo auto en el que me llevó a Orly, como si estuviera a su lado, quizá por última vez. Siempre abordo mis viajes con ese presentimiento de algo irreparable, con ese temor casi natural que desde hace años se volvió una especie de reflejo condicionado. Es más fuerte que yo; sin duda, esta deformación sentimental se volvió sistemática a partir de ciertas pérdidas irre recuperables. No pienso esto para justificar mis angustias de viajero, sino simplemente porque esos sentimientos forman parte de mi cotidianidad; siempre estoy al acecho de una posible catástrofe afectiva, de una eventual picada en el abismo de la desesperación. Pese a todo, intentaba concentrarme en la voz del piloto, quien después de treinta minutos de vuelo anunció con mucho orgullo que "España anotó un gol a Portugal". Los tripulantes aplaudieron y me hubiera gustado estar feliz

como ellos, incluso entusiasta, por aquellos goles del destino que nunca conseguí anotar.

Así transcurrió la primera hora de mi viaje rumbo a México. En algún lugar entre Burdeos y Madrid, mientras sobrevolábamos los Pirineos, intenté imaginar a aquellos osos que vinieron de mi país para repoblar esta especie tan lamentablemente escasa en Europa. Pensé en sus vidas, en las estrictas reglas de su existencia “afectiva”, donde los encuentros eróticos ocurren una vez cada dos años. Y fue eso lo que me pareció tan violentamente similar a mis experiencias de otros tiempos en Eslovenia, en Liubliana, cuando era estudiante. Sí, mis queridos osos, ¡si tan sólo pudiera verlos, escondidos en los bosques pirenaicos! Sin duda, ellos también me reconocerían y sabrían que el mío es un saludo proveniente de su bosque que, lamentablemente, había quedado atrás para ellos. Como esos pobres animales, yo también me siento en el exilio. Y fatalista como soy, debí aceptarlo, a veces con una verdadera rebeldía, con la resistencia digna del fiero animal, indómito, pese al dictado de la jaula que lo había traído a Francia; mi jaula en ese momento se llamaba Airbus. Yo iba, igual que esos animales, en busca de una nueva libertad. Y pensé en ese estandarte disimulado en mi maleta, listo para ser ofrendado a la diosa de la luna. Tal vez con ello lograba comprender un poco mejor el principio femenino del mundo, para no cometer nuevamente alguna torpeza; tal vez ello lograría fortalecer mi condición de Don Quijote. Pensaba en ello una y otra vez cuando el avión descendió en el aeropuerto de Barajas en Madrid. Sí, ya era España, un país que me gusta mucho y al cual me aproximé por primera vez con la poesía de Lorca, gracias a la cual comencé a aprender su lengua. Con sus palabras nacieron en mis tinieblas destellos de luz dorada. Desde luego también estuvo esa mujer venida de la ciudad de los cuchillos, Albacete, que avivó mi corazón y lo hizo vibrar aún más por la patria de Cervantes, cuyos poetas me sirven de analgésico en mis instantes de desesperación.

Tras pasar de una mano a otra, de una azafata a otra, me encontré de nuevo en el avión rumbo a México. Antes de instalarme intenté encontrar una vez más a mi bella eslovena para anunciarle: “¡Listo, estoy en el país de Don Quijote!” Pero ninguna voz respondió a mis repetidos llamados. Supuse que ya se había dormido y que haría falta una larga noche antes de que pudiera escuchar su voz nuevamente. Cuando los motores vencieron la

fuerza de gravedad pensé en su boca, roja al punto que nada podía estar coloreado de manera tan violenta. Durante algunos breves instantes, cuando el ronroneo amenazante del motor llenó mi cabeza, imaginé mi posible muerte sobre el océano. Era angustiante y para conjurar ese mal me puse a pensar que una muerte sobre las aguas podría ser soportable con la condición de que la boca gemela viniera una vez más a posar sus tiernos besos sobre mi rostro. Así la muerte que había temido podría ser apacible y casi natural, sostenida por la sangre roja de esa boca tan sensual. Pero ella estaba lejos, demasiado lejos como para que yo pudiera asirme totalmente a ese sueño pintado de rojo, a ese deseo violento de volver a ver la bandera proletaria que en otros tiempos ondeaba sobre las empresas de mi pueblo. Recuerdo incluso haber olvidado los rechazos, tal vez estratégicos, de mi pequeña Dulcinea; estos gestos en ocasiones la volvían arisca. Sí, a ella le gustaba apartar su pequeña revolución rojiza y yo debí defenderme arriesgándome a la guillotina de su indiferencia erótica. Pero no quería ceder a esas evasivas que me resultaban tan dolorosas, no quería que la esperanza de ese revolucionario romántico que era yo se transformara en resignación. Si narro todo esto es para recordar las sombrías ideas que me invadían cuando ella deseaba poner fin a mis deseos insistentes. Poco a poco esos pensamientos tan tristes cedieron y me ganó el sueño, como si me llevara hasta sus dominios el ruido de las turbinas que ronroneaban junto a mí. Me asignaron una cama muy dura y un espacio reducido. Parecía creada para los verdaderos revolucionarios, para todos aquellos que están conscientes del peligro que puede provocar una revolución fallida. Fue justo esta atmósfera la que me devolvió un poco la esperanza de un futuro mejor; pensaba en los barrios de la ciudad de donde provenían los perfumes más *chic* y en la ropa de las vitrinas. Fue entonces cuando me di cuenta que una boca que esquivaba mis humildes acercamientos revolucionarios no era digna de una historia, porque más vale intentar una revolución, aun si termina en fracaso, que no emprenderla. Es cierto que en el amor siempre hay revoluciones fallidas. ¡Y existen tan pocos monumentos dedicados a esos héroes anónimos que creían en la fuerza del rojo, en la fuerza de la bandera de Eros sobre la boca de una hermosa mujer!

Este viaje no se asemejaba al anterior y me sentí mucho más solo, allá arriba, perdido entre el murmullo de los motores. Pero me separaba de

aquel ronroneo esa cortina impenetrable que suele ser el ruido. Para no sumergirme en la angustia tomé mi pequeña computadora y anoté algunas palabras. En ese diálogo no disponía más que de la síntesis vocal que establecía una distancia inconmensurable. Era casi una forma de adiós. Es muy difícil concebir aquello como una forma de complicidad tácita porque me parecía que esa otra voz, la del otro lado del ruido presente, se alejaba rechazando mis llamados. Mi máquina se parecía en eso a la chica que había dejado en Orly, mientras que yo intentaba convencerme de lo contrario porque al acompañarme se había mostrado generosa. Sin embargo, la alegría con la que se comportaba me llevaba a dudar: tal vez era mi partida lo que la tenía tan feliz, pues así podría abandonarse libremente a sus otras simpatías y sobre todo a las que yo percibía como amenazantes, como si ella conociera todo sobre mí. Esta vez me entregué poco tiempo a la lengua eslovena como para oponerme al fuerte viento del destino que comenzaba a golpear mi inesperada y frágil alegría. En realidad, temía que la presencia de ese otro, tal vez un militar o algún otro uniformado, irrumpiera de pronto entre los dos. Ahí percibía otra cortina, una reja que dividía mis humildes esperanzas y la realidad concreta, la contundente realidad de mi amada. Sentí en las vísceras esa presencia que había descubierto algunos días antes. A pesar de eso, buscaba alejar la idea de una ruptura brutal entre ella y yo. Quería hacer todo para que se quedara y poder saciar la necesidad de mi lengua materna y fue eso quizá lo que elevó mis dudas a una especie de presentimiento.

Para interrumpir esas pesadas impresiones, comencé a imaginar mi viaje sobre el océano. Sin saber cuál camino tomaba el avión, me lo imaginaba sobre el Atlántico en dirección de las Azores, del Caribe y del altiplano mexicano. La ceniza del volcán irlandés amenazaba al Atlántico norte, así que me parecía lógico que el avión siguiera un itinerario más hacia al sur para llegar a México. Para anticipar mi llegada a este país tenía ganas de cantar algunas canciones mexicanas que se habían vuelto tan familiares y tan queridas para mí. Frente a la presencia amenazante de algún otro, tarareaba sobre todo aquella que dice: "Tú sólo tú, tú, tú..." Fui muy testarudo al tratar de conservar a mi amada, incluso al esperar que este viaje y los lugares que visitaría pudieran dar socorro a mis sentimientos. ¿Por eso me sentía tan solo y mis pensamientos no podían concretarse en ideas claras,

280 estructuradas? Mi imaginación trató de escapar en todas direcciones para resistir el zumbido de los motores que empujaban sin tregua el avión hacia el oeste, ahí donde el sol desaparece y provoca en mí una nostalgia imposible de nombrar. Para evitar los presentimientos y la falsa piedad hacia ese alguien que yo ya no era, comencé a alejarme del presente, como si a menudo me sumergiera en otro tiempo; adormilado, algunos flashes me transportaron hacia allá. Y a pesar de esta sucesión de estados de ánimo, el vuelo hacia México me pareció interminable.

Más tarde analicé las razones de esta angustia que me regresaba al momento en que vi por última vez la puesta del sol, y entonces sentí de nueva cuenta cómo esa bola luminosa se escondía para siempre tras la montaña. Imaginaba que en México vería de nuevo el sol de mi infancia, el que perseguía en vano.

Sin embargo, no quería renunciar a algunas miradas de sueño en torno a este azur que se extendía debajo de nosotros y hasta el infinito. Por Lorca sabía que el mar “es el Lucifer del azur / el cielo caído, / por querer ser luz”. Yo también me sentía condenado, pese a que quería conservar las últimas esperanzas de volver junto a la bella eslovena. Después conseguí librarme de esos pensamientos; eran sólo castillos en el aire. Y comencé a pensar en que podía volar más y más alto, hasta las estrellas más inaccesibles. Imaginaba el cielo repleto de farolas que corrían más allá de las ventanillas. Todo era tan irreal, casi mágico. A pesar de ello, seguía atado a una realidad que no quería concederme la menor indulgencia.

De pronto recordé mis encuentros con BMF, quien entró en mi vida como un cometa luminoso, rayando el cielo por toda la Tierra. Esta idea de un cuerpo celeste es tal vez la más apropiada para esas largas separaciones que acentúan nuestros encuentros. En ese momento comprendí que ahí, en México, me esperaba un cielo estrellado de una profundidad embriagadora. Caí de pronto en la ensoñación del astrónomo, quien sondea tanto las estrellas muertas como aquellas que despiertan a una larga vida. Sí, pensé en esos nacimientos inflamados, en todo ese fuego original que un día encontraría el mismo destino que el frío azur bajo mis pies. Ese instante estaba aún lejano y yo sabía que disponía de mucho tiempo para cumplir mis sueños. Los diez años que me separan de mi último viaje a México me enseñaron a valorar el presente a pesar de las sombras y los

silencios. Era muy feliz sólo con la idea de llegar de nuevo hasta esos horizontes y de instalarme en ellos tranquilamente por un poco más de tiempo. A pesar de todas esas felices señales, no podía resistirme a un tipo de pesimismo crónico que me anunciaba una gran catástrofe en el desenlace de mi vida. Al mismo tiempo, una premonición anunciaba que, a pesar de mi voluntad, la joven belleza iba a rechazar mis humildes deseos. El viaje a México me devolvió algo parecido a la esperanza. Me detuve en la intersección de dos realidades, una atemporal y la otra enraizada en la banalidad de la vida. Probablemente en ese momento Gerardo Nigenda, mi amigo ciego recién fallecido, también volaba hacia los lejanos países celestes. Estaba convencido de que pronto me enviaría algunas noticias sobre ese largo viaje sin retorno para enseñarme a desconfiar de las promesas incumplidas, de las intenciones olvidadas. Mi soledad era tan amarga que debí protegerme para que mis nuevas esperanzas no paralizaran por completo mi imaginación.

Pasaron las horas y ya sobrevolaba los cielos de México; de ello me di cuenta más tarde. Ese viaje fue para mí una de las raras ocasiones en que se pueden apreciar las huellas de algunos sueños y esperanzas. Para mi madre, quien desde hace mucho tiempo descansa en la tierra santa de mi valle natal, la vida sólo fue una serie de pasajes buenos y malos, algunas alegrías le dieron la energía para sobrevivir, entre ellas, el viaje hacia los lugares donde se pone el sol, hacia esa morada desde la que sale cada mañana y a la que vuelve por la tarde. En esos momentos hubiera querido poseer esa sapiencia sublime de la edad adulta, hubiera deseado volver a esas imágenes inocentes, a los parajes de los sueños, que sólo los niños toman en serio. A pesar de mi evasiva, el pasado me atrapó de nuevo y me pareció que perder la vista era muy injusto para un niño de diez años. Al acordarme de ese tiempo irrecuperable, sentí la mordedura de la desesperación y una melancolía imposible de nombrar. Estos recuerdos fueron tan poderosos que comencé a liberarme de ellos para evitar que me sumieran en una resignación lamentable, encadenada a un mundo sin puertas ni ventanas y, sobre todo, desprovista de una salida posible y válida.

Poco a poco logré sumergirme en un estado de ánimo menos oscuro mientras pensaba en el doctorado *Honoris Causa* que me esperaba en México. Me alegré de ello por razones completamente diferentes a las que se

282 experimentan generalmente en un caso similar. Este evento fue para mí el reconocimiento de otra mirada y al mismo tiempo una corona de laureles sobre la tumba de todos los ciegos que hubieran querido ver. Este doctorado implicaba señalar la importancia de ese imaginario del cual los ciegos, pese a que crean imágenes para otros, son despojados. Yo sabía que hay una riqueza incomparable de miradas hacia el sol cuya importancia apenas se empieza a comprender. Éstas me recordaban el gesto de los girasoles, esa flor proveniente de México que, debido a su fototropismo, recuerda a los corazones sacrificados por los hombres prehispánicos para el regreso del sol. Gracias a la complicidad entre la pintura de Van Gogh y las flores del rey Moctezuma, volví a encontrar una forma de luz que en ocasiones extrañaba con dolor. Pensé entonces en mis semejantes, en todos aquellos que sienten el efecto térmico del sol y que no tienen el derecho de disfrutar al mismo tiempo del cielo y su fase nocturna. Los ciegos somos como los girasoles, llevamos dentro la oscuridad cósmica necesaria para esperar el regreso del astro. Por esta razón la Pirámide del Sol en Teotihuacan sigue siendo para mí el lugar privilegiado de todos los ciegos de la tierra, su cuna, su tumba, no reconocida hasta ahora. Sería importante un día crear un encuentro de todos los prisioneros del sol cuya generosidad otorga al astro un sentido más profundo. A pesar de ello los ciegos seguiremos siendo todavía por largo tiempo los herederos no recompensados por ese sacrificio en aras de la renovación de una frágil luz. El sol permanecerá siempre atado a su carruaje dorado y confiará sus indómitos caballos al auriga ciego. Esos pensamientos me infundieron un nuevo impulso. Sentí como si yo fuera parte de la turbina que nos llevaba hasta México.

De pronto el Airbus se convirtió para mí en el sustituto del célebre carro solar con los herederos de Helios que se encontraban en la cabina. Su pericia sobre la fuerza enorme que lo propulsaba me otorgaba cierta seguridad, o más bien el sueño de aproximarme al sol que huía. Me invadió esa nostalgia que lleva al encuentro con las empresas más antiguas, como sucede, por ejemplo, en el célebre relato del Kon-Tiki.<sup>1</sup> Entre nosotros y esa balsa primi-

1 N. de T. El autor se refiere a las expediciones Ra y a la Kon-Tiki, dirigidas por Thor Heyerdhal para probar la posibilidad de los viajes transpacíficos y trasatlánticos en la antigüedad. La balsa Kon-Tiki se encuentra en el Museo Kon-Tiki en Noruega.

tiva mediaban siglos de sueños enfocados en un solo objetivo, alcanzar el sol. Yo intentaba comprender esa utopía de un fuego cósmico, que sin embargo jamás podría acogernos según nuestros humildes e ingenuos deseos. Justamente eso es lo que hace soñar a tantos humanos, empezando por los faraones de Egipto, los mexicas u otros pueblos del sol. Nuestro avión quizá no es frágil, como los resultados de aquellas empresas, pero me permitió identificarme con todos aquellos que dirigían sus ojos de arcilla hacia las estrellas inaccesibles. La luz de la estrella más cercana era demasiado violenta como para mirarla de frente. Sólo los ciegos tenemos el privilegio de esa confrontación directa. Todos los demás observan al sol en sus reflejos, en sus innumerables espejos, en las infinitas cunas de un nacimiento siempre repetido.

Me embargó una profunda nostalgia que me transportó a alguna parte de Eslovenia, cuando era niño, tras los lentes de sol, en ese último verano de mi infancia. Mis lentes de sol se convirtieron más tarde en anteojos de ciego y los de Don Quijote se unieron a la opacidad absoluta. En realidad ese instrumento nuevo me recordaba al espejo de obsidiana traído desde México hacía diez años. Para mí era el recuerdo más impactante de esta tierra, una pieza que podría tener cerca mientras no pudiera pasearme por este país. De pronto recordé cómo en compañía de BMF habíamos buscado los cristales negros que formaban un espejo inédito, el espejo de fuego. La obsidiana guarda la memoria de las profundidades de la Tierra, de ese sitio donde nuestro planeta todavía se parece a una estrella, ahí donde el fuego cósmico no pudo olvidar su tierna juventud celeste. La obsidiana es la materia predilecta para soñar con los lentes cósmicos para el ciego, es decir, con un instrumento capaz de mirar una estrella ardiendo, de frente. Si aún debía llevar los anteojos negros, como en otros tiempos, los querría de obsidiana, para que lleven conmigo, el hijo natural del sol, la memoria de una tragedia cósmica y también la huella de una débil esperanza en el camino hacia otra luz.

De pronto mis pensamientos se disiparon y tuve la impresión de que nuestro avión atravesaba el Caribe y que comenzaría a sobrevolar Cuba. La imagen del carismático jefe de esta isla, Fidel Castro, fue una de las últimas de mi infancia. Recuerdo haber visto un paisaje en el que el gran guerrillero sostenía un fusil en posición horizontal. Esta foto en blanco y negro databa

284 de la época en la que Castro todavía luchaba contra Batista. Más adelante una voz me recordó esa foto: era Alicia, la coreógrafa, que logró despertar en mí un interés por todo lo que pasaba en esa isla. Pero podría ser que nuestro avión incluso no hubiera sobrevolado la patria de Castro y que se hubiera aproximado a México por una ruta más hacia el norte. Probablemente esta imagen me vino a la mente a causa de la fumarola del volcán irlandés que empujaba a los aviones más hacia el Atlántico central. Después de largos instantes, esas fantasías desaparecieron cuando la voz de la azafata anunció el aterrizaje inminente.

En ese momento intenté imaginarme el encuentro con BMF quien, sin duda, me esperaría en el aeropuerto. El tiempo que siguió al aterrizaje y que pasé en la sala de espera fue muy largo. Me emocionó enormemente oír su voz, una de las primeras que escuché desde el otro lado del Atlántico. Él seguía siendo el mismo, incluso me sorprendió pensar que había pasado una década desde mi último viaje a este país. Venía acompañado de Joanne, su amable colaboradora, que sería mi guía durante mi estancia en México. El auto nos condujo al hotel; reconocí algunos sonidos característicos de la megalópolis y volvieron a mi memoria imágenes gratas de otros tiempos. En encuentros de este tipo uno siempre se hace la pregunta sencilla pero fundamental: ¿Por qué nos gusta una ciudad? La respuesta es siempre la misma, hay hallazgos tan singulares que resultan inexplicables, pese a que se les asocie con otras cosas. Este sentimiento me sobrevino sobre todo cuando me topaba con lo cotidiano, los hábitos, la convivencia... Pero el encuentro con alguien que se vuelve cómplice de una nueva forma de pensar y de otra representación del mundo suele no caber en este registro tan convencional. En México me sentía un poco como en casa, sin duda debido a los pensamientos que anticipaban mi visita.

Siempre estuve interesado en México, que me parece un museo a cielo abierto en el que se exponen personas y objetos enigmáticos. Jamás hubiera podido imaginar su historia indígena trazada según los cánones oficiales. Ahí sucedía lo que siempre sucede: que de manera invisible emergía una historia distinta a la que se escribe, aquella en la que todo el mundo se pone de acuerdo. Por eso México es para mí uno de esos raros laboratorios en los que el pasado regresa siempre de manera inesperada, como si un cierto tiempo jamás hubiera terminado, como si se tratara de una obra de

arte abierta. Más allá de lo inconcluso, siempre he sentido en este país algo que podría llamar una ausencia que camina hacia el futuro. Más allá de lo que podamos imaginar, hay algo que tal vez podría ser un templo o una pirámide dedicado al dios de la ausencia. Ese palacio tal vez sólo exista en nuestra imaginación, pero hay momentos en los que me parece completamente verosímil.

Mientras pensaba en todo esto, otro rostro de ese dios se me reveló: la ausencia es visible sobre todo en la noche. México devino entonces en un universo nocturno, una pregunta reiterada. El cielo despertó en mí una profunda nostalgia por mi visita de hacía diez años a Monte Albán. Lo sentía a la vez tan cerca y tan lejos, que pude comprender por qué se le llamaba “globo celeste”. Era como una mujer amada que uno sostiene largo tiempo entre los brazos sin alcanzar su verdadera e inaccesible naturaleza. Durante aquella estancia en la montaña, habría podido tomar con mis manos los innumerables cuerpos celestes pintados con los sueños de los habitantes de otros tiempos. Todo aquello me pareció tan cercano que me sorprendí extendiendo las manos hacia el cielo como para rezar. Fue en ese momento privilegiado de la nostalgia cuando comprendí el sentido profundo de una ausencia real, desde la que los sabios rezaban y los astrólogos intentaban predecir el futuro. Para ver todo eso debí imaginarme de nuevo los lentes con cristales de obsidiana, capaces de provocarme otro tipo de visiones. Todo estaba tan lejos, pero el trabajo sin reposo de mi memoria me empujaba a cada instante hacia parajes lejanos, donde los ángeles se arrodillan en la pesadez de nuestras pupilas que deben contraerse hasta volverse muy humildes para recibir las maravillas nocturnas, las ausencias invisibles. Al pensar en todo eso deseaba pasar más noches en México para comprender mejor.

Solo en el hotel, pasé una primera noche sin poder conciliar el sueño, a pesar de todos mis esfuerzos por disipar el efecto de la iluminación pública y el ruido de los autos que atravesaban el silencio nocturno. En ese momento privilegiado de soledad pude decirme: “¡al fin llegué!” Al día siguiente Joanne vino por mí para acompañarme al Centro de la Imagen que en colaboración con 17, Instituto de Estudios Críticos organizó el coloquio *La mirada invisible*. También se sumó la colaboración de la Biblioteca de México José Vasconcelos en La Ciudadela. En esos lugares, tan fuera de lo

286 común, lejos de las convenciones estéticas, tuvo lugar la exposición de los fotógrafos ciegos organizada por Douglas McCulloh y el Museo de California. Estaba muy feliz de formar parte de ese grupo y sobre todo de estar acompañado de la obra de Gerardo Nigenda, fenecido hacía muy poco. Cuando supe de su deceso me invadió una profunda tristeza; en mi alma se arremolinaban imágenes de Oaxaca, donde conviví con él por única ocasión. Joanne me dijo que trabajaba con él y me comunicó algunas noticias de sus encuentros. Ese creador de imágenes tenía, según yo, una de las miradas más profundas de México. Recordé su complicidad y las palabras que intercambiamos. Para mí, él no era solamente un fotógrafo, sino un luchador que a pesar de su fragilidad se oponía a la dictadura del mundo oculocentrista y a las imágenes prefabricadas por la sociedad de consumo. Fiel a sí mismo, combatía contra los voyeurismos de supermercado. Abrió camino a la cámara al aproximar su mirada y desdoblarla como si cada percepción fuera un descubrimiento inédito, la visión de un iniciado liberado de los clichés. Me gustaba mucho su forma de proceder al acercarse al cuerpo del otro, con la delicadeza y la sensibilidad de un observador que va más allá de lo inmediato; él se encuentra ya en la trascendencia en la que creía con todo su ser.

Pensaba en su voz, y en ese momento lo volví a mirar, muy lejos, más allá de mis ahora. Cuando me describieron la película donde actuaba tocando sus modelos, me embargó una gran emoción; era un procedimiento misterioso, tierno y a la vez muy estético, mediante el cual rendía homenaje a esas bellezas femeninas. Probablemente es así como en adelante tocará las estrellas, como si se tratara de bellas mexicanas suspendidas en el cielo. Tal vez sus modelos no se daban cuenta que se mostraban ante alguien cuya mirada estaba proyectada hacia las provincias infinitas de lo invisible. Sentí una gran complicidad al escuchar la voz de BMF. Estaba muy feliz de encontrarme en ese momento en el Centro de la Imagen y de revivir estos instantes. Durante mi conferencia traté de dar cuenta de mis últimas experiencias, pero también de expresar de otra manera lo que he vivido. En la sesión de preguntas tuve la impresión de que todavía había muchas cosas por hacer y que hasta el momento había logrado muy pocas. Fue sólo una impresión, pero me gusta mucho que existan esa clase de sentimientos para evitar caer en desvaríos fáciles y en la aburrida repetición de uno mismo.

Estoy convencido de que fue gracias a ese público dotado de otra mirada que mi palabra pudo asentarse de otra manera: en respuesta a sus miradas, procuré mirar en la misma dirección. Fue a la vez una experiencia que nos sacó del tiempo y del espacio. Así es como recuerdo ese lugar, que con cada reencuentro se renueva y que siempre me descubre un nuevo velo, una nueva posibilidad de ser lo que todavía no soy. Sí, para mí el Centro de la Imagen se ubica dentro de los tan escasos espacios donde se vive una frágil utopía. Sin embargo ahí está, existe y estoy convencido que ahí seguirá. Tal vez fue por eso que me vino el deseo de una imagen sin terminar. Trataré de abrazar, todo el tiempo que sea posible, ese regalo extraordinario que es el de una institución abierta.

Al cabo de los días, México se alojó en mi interior y yo disfrutaba perderme de vez en vez, como se dice, en el murmullo de la ciudad. Por supuesto que no pasaba por alto que ya había venido, pero era como si mi estancia anterior nunca hubiera ocurrido. Fue quizá gracias a Joanne y su mirada que tuve la impresión de un encuentro lleno de imágenes inéditas. Puede ser también que mis aproximaciones anteriores a esos lugares se hubieran replicado con tal fuerza que hubiera podido olvidarlas durante esos instantes, dejarlas de lado para reencontrarlas posteriormente. Gracias a este procedimiento pude crear algunos paralelos en mis galerías interiores, donde la capital mexicana se expone siempre con la inocencia que la caracteriza. Se me aparece igual a una mujer que me impone su distancia como consecuencia de su pudor, de su infancia que se repite a cada instante. Poco a poco fui reencontrando en mí el sentimiento de antaño, aun cuando no visité los mismos lugares. Sin embargo el deseo de esos reencuentros estaba intacto y ansiaba mucho ver esos lugares gracias a los nuevos cristales que el destino había puesto sobre mis lentes. Tal vez ésa era una de esas raras libertades de las que disponía y que me sirvió de talismán secreto cuando me encaminaba hacia lo nuevo.

Estuve muy contento de haber abordado en mi segunda conferencia la cuestión del acceso de los ciegos a la cultura, al arte y a la imagen. Fue tan importante como el hecho de que tanto 17, Instituto de Estudios Críticos como el Centro de la Imagen hayan podido reunir a colaboradores que estuvieran profundamente conscientes de estos problemas. Y vale decir lo mismo para los invitados, como Ginnette Barrantes, de Costa Rica, Douglas

288 McCulloh y otros participantes. No fue sino hasta mi regreso a Europa que pude comprender la importancia y la dimensión de ello. Más allá de la reflexión sobre las imágenes invisibles, fue también el testimonio de un pensamiento que va en contra de los clichés, de los lugares comunes y, simplemente, de la banalidad de nuestra época. Debo reconocer que durante esos días que pasé en México, el mundo me resultó de pronto menos cínico y menos brutal, como dirían algunos sabios orientales. Si debiera evocar ese tema y sus repercusiones, así como a las personas que lo pensaban, yo diría —y estoy profundamente convencido de ello— que la imagen que hemos buscado aún no encuentra su forma; tal vez por eso está tan cargada de utopía. Esto es tan cierto, como dice mi querido amigo Thomas, como que los vieneses no podrían inventar lo lineal. Los participantes en este coloquio tenían ese mismo espíritu. Por eso me gustaba tanto estar entre ellos, como si los conociera desde siempre, y sobre todo desde que emprendí mi camino hacia la puesta del sol. No me permití soñar con la fatalidad del sendero de regreso, pues primero hay que olvidar el lugar de partida si uno verdaderamente se quiere abandonar al gusto del mundo, a la gran riqueza de imágenes que acotan las rutas hacia el infinito. Por esa razón intenté cosechar los instantes con los participantes como si fueran granos dorados del dios Cronos, quien por única vez me pareció intransigente por lo ineluctable de sus dones.

El día en que me otorgaron el doctorado *Honoris Causa*, me sentía inquieto y al mismo tiempo muy feliz; tenía la sensación del advenimiento de algo inesperado que, sin embargo, se podía producir según lo previsto. Antes de salir al foro, en un salón de la Biblioteca de México, reconocí la voz de Pedro Meyer, quien me presentó a su joven compañera. Con gran alegría, estreché esas cuatro manos reunidas en un ramillete de proximidad absoluta. Me presentaron a otras personas, entre las que se encontraba la chica que tenía que cantar y esbozar algunos pasos de baile en mi honor. Poco a poco me invadió una gran timidez y la sensación de modestia, y fui muy feliz de que otras personas tuvieran alguna participación antes que yo: de esta manera yo me podía preparar un poco. Gracias a la presencia de Pedro Meyer en el escenario, pude atenuar los nervios que me habían invadido por completo. Yo estaba muy emocionado cuando BMF me presentó, sobre todo porque su breve discurso fue introducido por una canción y por algunos

gestos irrepetibles. Fue uno de los momentos más bellos de mi vida y se suma a todos esos instantes excepcionales que dislocan la fatal continuidad temporal que nos es dada.

Hasta hoy logro abrazar el sentido profundo de ese gesto: se trata de un reconocimiento más allá de los diplomas que otorgan las instituciones por rutina. Encontré en ese gesto la reminiscencia muy concreta de la célebre Escuela de Fráncfort y su herencia retomada por 17, Instituto, lo que representó para mí el retorno de un pensamiento que sigue vigente, más de lo que se podría creer, que busca reinventarse de forma constante, y que nunca se podría conformar con el beso mortal de una institución. La reflexión, desde su perspectiva, se manifiesta siempre como otra, siempre en busca de lo negativo, ya que lo positivo, como decía Kafka, está dado. Y lo dado pesa tanto en la visión del mundo actual, que ya no nos damos cuenta en qué medida nos hemos vuelto esclavos de lo política y lo estéticamente correcto.

Es por ello que este reconocimiento para mí representa una suerte de utopía: es un homenaje a todos esos ciegos que desde hace siglos crean imágenes sin poderlas comunicar a otros. Después de recibirlo me juré entregarme, todavía más, al estudio de esas vidas anónimas que también pertenecen, forzosamente, a mi mundo invisible. Dicho de otra manera, al pensar en ellos procuro y siempre intentaré realizar, a título personal, su sueño no alcanzado, su utopía.

Al agradecer este doctorado *Honoris Causa* quise subrayar que eso me obligaba a no ser un analfabeta de la imagen. Se necesitaron siglos antes de que los ciegos tuvieran derecho a la escritura, luego fue necesario que pasaran dos siglos más entre este momento y el reconocimiento del derecho a la imagen. Me pareció necesario reconocer que estaba ante un gesto que debía considerarse pionero de un cambio considerable: una institución reconocida se atrevía a rebasar las ideas preestablecidas e introducía en la reflexión crítica a todos aquellos que permanecieron durante siglos fuera de los registros universitarios. Para comprender los alcances de este acto hay que pensar en la larga historia que transcurre entre el primer sabio griego que reflexiona en torno al ciego hasta nuestros días. En este mundo dirigido, dominado por la imagen, no es confortable, ni justo, quedar condenado al analfabetismo de la imagen.

Es una realidad que los ciegos hemos permanecido excluidos del progreso, pese a que se declara humano el respeto por la alteridad. Pero el mundo ideal no corresponde con la realidad institucional y hará falta todavía mucho tiempo para que se lleven a cabo actos similares al de 17, Instituto. Me sentí frente a un regalo del destino, y no por azar, durante esos solemnes instantes, evoqué el fuego cósmico, las llamas del pensamiento que pude compartir días atrás afuera de la Sala Braille junto al Centro de la Imagen.

También recordé el respeto que los grandes sabios budistas expresan hacia los otros al evitar fijar su vista sobre ellos. Diferir el instante en que la mirada física puede profanar el rostro del otro resulta una muestra de respeto. Se trata de una metáfora que dice que “mi mirada termina donde comienza la del otro” que se parece al dicho “mi libertad termina donde comienza la de los demás”. Hay que pensar en eso, en todos esos ciegos que durante siglos sufrieron tantas miradas profanadoras sin poder defenderse, sin poder decir: “Nosotros también creamos imágenes”.

Junto con el diploma, BMF me dio también un cuchillo de obsidiana, la réplica exacta de los instrumentos con que en otros tiempos abrían el pecho de los sacrificados para ofrendar sus corazones al dios del sol. Es uno de los regalos más hermosos que se le puede hacer a alguien como yo, prisionero del sol y huérfano eterno en búsqueda de la luz y sus orígenes. Me sentí en la cima de una pirámide en donde de manos de BMF, como si fuese uno de los antiguos sacerdotes, recibía el regalo de las divinidades celestes, presente cargado de tal valor simbólico, que vi las flamas del sol correr entre mis dedos sin quemarme. Lo quise ver como un don del fuego cósmico que se transformaba en un gran calor humano y una complicidad sin precedentes. Le prometí a BMF que llevaría las promesas que aquí hacía hasta aquel valle donde todavía se encuentran numerosos ciegos que aún no tienen derecho a la imagen; juré ir incluso más lejos, al corazón de todos los infiernos del pasado, donde el deseo de los ciegos por la imagen se apagó casi por completo. Aun cuando no podía resucitarlos, comprendí que hacía falta hablar de ellos y que fue para esta indescriptible misión que el fuego celeste me era concedido. El cuchillo de obsidiana se volvió para mí el símbolo de la mirada de todos aquellos que creyeron y todavía creen en la belleza del mundo invisible, y también una flecha, un *punctum*, como dice

Roland Barthes, siempre en posibilidad de agujerar la opacidad del mundo. Este objeto excepcional se convirtió para mí lo mismo en la lanza de todos esos héroes no reconocidos que están convencidos que, más allá de la percepción inmediata, hay también otro mundo que será, pero que aún no está aquí. Así que, a partir de ahora, me parece que ese preciado instrumento es capaz de abrir los corazones sometidos a la indiferencia de lo visible, una categoría tan poderosa y tan omnipresente que a menudo me encuentro buscando opciones para desarticularla.

Se suelen encontrar en una sociedad de consumo imágenes empaquetadas en envolturas de plástico barato y ni siquiera se tiene el derecho de desenvolverlas. Me dije que ese cuchillo con su fuerza tan excepcional podrá también servirme para abrir esos paquetes de ideología, para llevar mi frágil mirada hacia los contenidos invisibles. Pero no se trata sólo de ser un abridor de empaques: se trata de tener una llave capaz de abrir las puertas blindadas por la voluntad de una ideología dominante. Esta llave proviene de las entrañas de la tierra y tiene la posibilidad de desafiar todos los obstáculos. Su fuerza se acrecentó con los siglos, gracias a la luz y a las llamas de otros tiempos que aún existen bajo la piel de la Tierra. Con ese chuchillo descendió a mis brazos un pequeño pedazo de estrella y mis manos se mostraron tan entusiasmadas que inevitablemente pensé: "Si ellas no tuvieran algo de estelar no hubieran sido capaces de recibir este pedazo de astro, el más próximo y al mismo tiempo el más lejano". Cada día pienso en este objeto y, siempre que lo vuelvo a tomar entre mis manos, siento como si se tratara de un hijo de los dioses. Entonces me doy cuenta de que nuestro planeta, como dice Saint-Exupéry, es una estrella. ¡Qué alegría conocer a gente como BMF y a los colaboradores de 17, Instituto, que se volvieron para mí astrónomos con telescopios que apuntan hacia un universo de cuerpos invisibles! Sólo el espíritu humano es capaz de crear este telescopio de nueva generación, de un tiempo nuevo que aún no termina, incluso podría decir, que espera con los brazos abiertos el porvenir.

Cada vez que pienso en aquellos momentos encuentro nuevos significados y sé que este pedazo tan noble de obsidiana siempre representará para mí un talismán. Este material tan noble, este trozo de fuego petrificado, podría también servir de cristal para un nuevo tipo de anteojos para los ciegos. Cuando los tenga, sé que tendré la fuerza de una mirada nueva capaz

292 de penetrar hasta el corazón de los volcanes. La complicidad con este material me da desde ahora la posibilidad de soñar de otra manera, con ayuda de una noche sepultada en las profundidades de la tierra. Es de ahí de donde la obsidiana extrae sus reflejos tan particulares que nos regresan la sombra de nuestra presencia cuando queremos reconocernos frente a él como en un espejo. Desde mi primera estancia en México sentí un silencioso afecto por esta piedra, un amor por las sombras que danzan frente a mí. Gracias a este juego de lo visible y lo invisible es que los cristales de obsidiana podrían procurarme otras sorpresas y otras incitaciones a mirar más allá. Desde hace mucho tiempo rechazo esos lentes negros para ciego que nos ponen una etiqueta no siempre fácil de llevar; la piedra de obsidiana sería más noble, ya que está dotada de una memoria universal.

Mi último encuentro con México me permitió aproximarme un poco más a la utopía concreta, aquella que deseo realizar sobre el plano de la imagen. En uno de los días que siguieron al festejo volví a Teotihuacan, ese lugar mágico donde diez años atrás había visitado la Pirámide del Sol. A pesar del tiempo transcurrido, Teotihuacan no había perdido su maravilla. Con mucha emoción seguí la Calzada de los Muertos hasta la Pirámide de la Luna. En mi viaje anterior había subido la Pirámide del Sol, pero esta vez quise escalar su reflejo nocturno. Me parecía importante estar al amparo de la noche para intentar comprender un poco mejor todo aquello que se desprende de la naturaleza lunar. Esa pirámide también me hizo pensar en todos esos antiguos pueblos que creían en el poder de ese cuerpo celeste. Poco a poco me vino a la memoria aquel día lejano de mi infancia, a la edad de cinco años, en que le propuse a mi padre y a mi tío tomar la escalera para ir a la montaña de enfrente y descolgar la luna. En mi imaginario infantil, la luna se encontraba al alcance de mis manos, que estaban completamente vacías, listas para recibir el resplandor del cielo. Aquel sueño era ya lejano, pero quise al menos expresar mi reconocimiento a ese cuerpo celeste y confesar mi ignorancia en torno a su poder. Sobre todo, casi invadido por la superstición, quise pedirle perdón. Tenía el deseo de conocer un poco mejor la naturaleza femenina, que según los ancianos de mi pueblo pertenecía al dominio de la luna, así que le di como ofrenda una foto que representaba el rostro de aquella joven eslovena. No sé si mi deseo fue concedido porque no pude acceder al último piso de la pirámide. Nos quedamos

más abajo, lo cual en nada cambió mis intenciones. Incluso pensé que así podía dirigirme a la diosa de la noche con un poco de humildad y con la conciencia de mirarla desde la Tierra. Como cada vez que me encuentro en lugares cargados de enigmas de otros tiempos, quise tener representaciones interiores más exactas de esa geometría secreta.

Por un feliz azar, la mirada de BMF descubrió de regreso a la capital una maqueta de madera que representa los dominios de Teotihuacan. Ávido de mirar esa geografía, palpé ese plano en relieve. Con una fuerza inexplicable se despertó en mí el deseo de pasar toda una noche tomando fotos y buscando esas sombras que me hablaran de las presencias de otros tiempos. Sólo la noche puede revelar algunos misterios de ese templo a cielo abierto, sometido a los poderes del sol y la luna. Es en el corazón de la noche donde puedo captar las energías invisibles capaces de suscitar en mí imágenes inéditas. Para los turistas ese lugar sólo representa un monumento del pasado. Para mí siempre significará una fuerte presencia escondida, de realidades aún inaccesibles para nuestros ojos de arcilla. Me quedo convencido de que es justamente ahí, donde ciertos sueños a ojos abiertos, como diría Bloch, podrían encontrar un sentido nuevo, una razón de ser más material y concreta. Ese suelo sagrado de México es para mí una suma de sueños de otros tiempos que deberían someterse de forma constante a una arqueología profunda de las realidades invisibles.

Nunca podría dejar México sin ir al menos unos minutos al Museo Nacional de Antropología. Y esta vez no fue la excepción. Pese a la falta de tiempo, quería estar junto a la Piedra del Sol y a la Piedra de Tízoc, que había fotografiado en la oscuridad hacía ya diez años. Esta breve visita resucitó en mí el murmullo de las piedras dirigidas al sol, que rememoraban los corazones de los hombres jóvenes que se ofrendaban al astro como una súplica para su regreso. Espero que la memoria de esos antiguos sacrificios confiera una nueva energía a todos aquellos que creen en el regreso del sol y en la perennidad de su presencia interior.

Antes de partir, expresé en silencio mi reconocimiento a ese lugar sagrado, a todos aquellos que han permitido que los ciegos vean de otra manera. Plotino decía que los humanos no podrían percibir el sol si no tuvieran en ellos algo de solar, pues creía en la fuerza simbólica de todas las miradas heridas que dan su corazón a cambio de la luz. En la medida en que los cie-

294 gos pueden ver al sol de frente son, de alguna manera, los más fieles herederos de estas culturas antiguas. Son, desde cierto punto de vista, llamados a una plegaria que pedirá al dios Helios que no nos abandone. Siempre me sentiré atraído por los vestigios, cargados de sueños antiguos, que nos invitan a encontrar, en esta época en que estamos tan faltos de templos y piedras de sacrificio, una nueva fuerza cósmica que nos permita creer en esas realidades invisibles que aún nos quedan por descubrir.

*Traducción de Nadxeli Yrizar*